

Criterio de análisis

Para realizar un correcto análisis del contexto del fragmento 28d–29b de la Apología de Sócrates, tomé en cuenta los posibles factores influyentes de esta situación: el proceso de juzgamiento de Sócrates.

No determiné un contexto histórico amplio, sino que me concentré sólo en los hechos y pensamientos que –según mi opinión– determinaron el actuar de aquellos que formaron parte del juicio, evitando remontarme a hechos demasiados lejanos y de poca trascendencia para esta ocasión.

Por otra parte, analicé el estado existencial de Platón en el momento de escribir la obra; y por último explicité la íntima relación entre La Apología de Sócrates y Critón.

- **i– Contexto general.** Inmerso en una atmósfera de templanza extraordinaria, Sócrates responde acerca de las acusaciones con un lenguaje, que a pesar de su simpleza, carga con un contenido muy intenso; aunque imperceptible para la mayoría de los oyentes. Esto confunde y entorpece el vulgar razonamiento de sus acusadores, exponiendo las contradicciones, y así la invalidez de sus argumentos.

Toma lugar así, una extraña batalla intelectual entre la sabiduría y la ignorancia, cuya conclusión estaba escrita: eran opuestas de una manera tan arraigada que es inconcebible la idea de conciliación.

Una vez más, la ignorancia, imperante extraordinaria, ha triunfado.

ii– Acusadores. Distintas acusaciones se le hicieron a Sócrates durante su vida. Dos de ellas son la de irreligiosidad y la de corrupción de otros (más específicamente de jóvenes que debían pagar por oír sus lecciones); y se manifiestan en el siguiente fragmento: Sócrates es culpable de indagar impertinentemente las [cosas] subterráneas y celestiales, y de hacer pasar por más fuerte el argumento más débil, y enseñar a otros esas mismas cosas. Una tercera acusación es aquella que habla del descuido con que Sócrates expuso su vida a la muerte. Es ésta última junto con la de irreligiosidad a las que le prestaré mayor atención, por ser éstas las que relata el fragmento 28d–29b de la Apología.

Pude diferenciar dos situaciones en las que seguramente se engendraron estas acusaciones principales:

- La irritación de aquellos interlocutores de Sócrates al ser bochornosamente refutados por él y también ocasionalmente por sus jóvenes discípulos. Es este un momento en el que aquellos sucedáneos de la sabiduría eran desenmascarados, lo que hacía que necesariamente asumieran su estado de ignorancia, lo que hacía que se enfurecieran terriblemente., anidando un rencor insaciable. Esto inició una suerte de tradición oral que influyó profundamente al hoi polloí ateniense.
- El temor infligido ante un cambio tan vertiginoso como es el paso del mito al logos. Incapaces de entenderlo como un progreso, los acusadores engendraron una falsa imagen de Sócrates, a manera de un mecanismo natural e inconsciente de defensa ante semejante hecho, que les permitiera seguir en la cómoda situación de amantes de mentiras fantásticas. Su aceptación hubiera sido un cambio tan abrupto, descomunal y extraordinario, y de tal magnitud que no hubieran podido soportarlo, ya que aún ellos no estaban listos para abandonar el fantástico y poco comprometido mundo del mito.

Para evitar imprecisiones, me es necesario diferenciar dos tipos de acusadores: aquellos que llevaron a juicio a Sócrates y aquellos que precedieron a éstos; y aclarar que aquí sólo nos ocuparemos de Anito y Meleto, por su importancia en el proceso de juzgamiento de Sócrates.

Demasiado preocupados por el poder de argumentación de Sócrates (o dicho en sus palabras: poder de convicción), ignoraban su propia limitación intelectual, manifestada en sus argumentos estrechos, mal

fundamentados, y por sobre todo falsos, y en su carencia de pruebas concretas. ¿Cómo pudieron Anito y Meleto obviar estos puntos tan fundamentales? Tal vez haya sido culpable la confianza en la voz de la tradición que se encargó de forjar aquella falsa imagen de Sócrates durante tanto tiempo. Aquella tradición que también había influenciado a los jueces. O tal vez haya sido una ceguera causada por la intensidad de aquellas pasiones, que (aunque ellos no estuvieran al tanto de esto) fueron despertadas por el hombre mismo a quien intentaban eliminar: Sócrates. Es ahora cuando me viene a la cabeza la frase de Aristóteles: Para rechazar a la Filosofía es necesario hacer Filosofía. ¿Es que percibían la fortaleza de los argumentos de Sócrates? Definitivamente sí. Como lo dice la recientemente citada frase de Aristóteles: no hay nada que despierte tanta intensidad como aquello cuyo contenido creemos amenazante de nuestras propias convicciones.

iii– Jueces. Debido a la posición silenciosa de los jueces, solo pude deducir escasas conclusiones, todas basadas en su sentencia.

Su juramento como tales los obligaba a ser objetivos en sus sentencias, pero acostumbraban a hacer favores a aquellos que recurrían a ciertas bajezas para convencerlos. Por esta razón he decidido llamarlos débiles. No debe entenderse esta definición como algo de índole espiritual, sino como una debilidad de índole moral. He aquí el fundamento de mi siguiente afirmación: no eran ni más ni menos, unos ciudadanos más. Con esto quiero decir, que la acostumbrada diferenciación entre ciudadanos comunes y jueces, es que éstos últimos deben mantener la objetividad bajo cualquier circunstancia. Pero –diciéndolo al modo socrático– estos señores atenienses se encontraban profundamente condicionados por:

- el alejamiento de Sócrates de la vida política desde hace tiempo –entendiendo este hecho como algo impropio de un buen ciudadano, y hasta ofensivo–;
- la utilización del mismo vocabulario vulgar que solía utilizar en el ágora, considerado tal vez, algo impropio para tal situación; y
- la anteriormente mencionada tradición oral que se encargó de maldecir a Sócrates, y de la que evidentemente no pudieron escapar.

Es así que el proceso de juzgamiento estaba libre de objetividad desde hace tiempo, corrompido por la acostumbrada súplica, que había reemplazado al mecanismo formal de proceso.

iv– Sócrates. Se encontraba con una serenidad increíble, otorgada por los largos años de reflexión filosófica; aquella solitaria compañera que lo había adiestrado en el arte del buen obrar, enseñándole la rectitud debida en sus actos. Y fue ese día del juicio, el más triste de todos. Le susurró dulcemente al oído por última vez: el recuerdo de tu pasado, ha de vivir en ti como una confiable expresión de tu virtuoso ser.

Acostumbrado a las acusaciones infundadas que lo habían acosado durante tantos años, fue incapaz de asombrarse ante estas últimas formulados por Anito y Meleto.

Tenía constantemente presente las demandas de su edad (setenta años): las de no obrar en desacuerdo a ésta (el juicio era su oportunidad de afirmar todo lo que predicó durante su vida, o de desmentirlo). Ejemplifico lo recientemente afirmado a través del episodio en el que Sócrates declara cuán insensato sería que un hombre de su edad le temiese a la muerte, siendo ésta un proceso natural tan necesario como inevitable y por sobre todo, tan cercano (y además ¿cómo podían temerle a algo cuyas consecuencias desconocían?).

Por otro lado, contrariamente a la mayoría de sus conciudadanos, cuando lidiaba con la temática de la muerte, lo hacía amigablemente: o bien es similar a un sueño placentero del cual uno nunca despierta, o bien es un encuentro en el Hades con todas las demás almas. Esta excepcional concepción de la muerte, provoca en Sócrates una tranquilidad incomprensible para los demás atenienses; y le da una ventaja sobre aquellos: la de no alarmarse ante su posible condena a muerte, ni perder la cordura durante el juicio. Encontrándose así alerta y preparado para desentrañar cualquier misteriosa fantasía que se les pudiera ocurrir a sus verdugos.

v– Platón. Este diálogo se encuentra teñido por el romántico deslumbramiento que Sócrates causó en Platón. ¿¡Quién hubiera sido realmente capaz de evitar enamorarse de una figura semejante!?

El sentimiento de admiración lo condiciona íntimamente, causando así una realzada interpretación de la Apología de Sócrates. No quiero significar con esto una falta de veracidad en los escritos platónicos, sino describir la fantástica perspectiva asumida por un alumno que admiró y amó mucho a su maestro. Es por esta razón que se preocupó por crear una obra que evidenciara las reales intenciones de Sócrates, la esencia de su mensaje, y que destacara su heroica figura. Además, creo posible considerar que de esta manera el margen de error se despejaba de posibles conjeturas o falsas interpretaciones.

Considero que este tipo de escritura es un método sumamente necesario para entender a Sócrates de la manera más digna posible, y quien mejor que su discípulo más devoto para expresárnoslo!.

Platón escribió el diálogo poco tiempo después de la muerte de Sócrates. Y aún lidiando con una posible existencia melancólica ante esta significativa pérdida, las palabras de Platón (con 29 años de edad) fluyen con la serenidad más auténtica, lo que me hace pensar que fue él el único alumno que logró entender el mensaje de su maestro. Deduzco esto, recordando los sollozos de sus otros alumnos, que tuvieron lugar en la celda de Sócrates poco tiempo antes de su muerte.

vi– Critón. Siguiendo la idea de Conrado Eggers Lan, es posible afirmar que Platón comprendió la actitud de Sócrates *tras* el episodio que narra el Critón, conocimiento que luego volcó tan precisamente en la Apología.

A pesar de una existencia cronológica anterior al Critón, es evidente que la Apología no hubiera sido posible sin el previo análisis concedido por el Critón, ya que solo luego de éste pudo haber tenido lugar el proceso final de entendimiento de Platón. Realmente no pudo haber sido *durante* y mucho menos *antes*, ya que en este diálogo aparece Platón como partícipe de la fuga de Sócrates, idea totalmente contradictoria si quisiera afirmar –como de hecho lo hice recientemente–, que Platón fue capaz de captar el frágil mensaje socrático.

Es por tal motivo que quisiera destacar la estrecha relación que existe entre ambos escritos: una maravillosa simbiosis literaria.

- **a–** Los conceptos de *saber* y de *ignorancia*, asumen aquí una significación muy particular. La sabiduría deja de insinuar *el conocimiento profundo de las ciencias*, para adoptar el de *reconocimiento de la propia ignorancia y el razonamiento según el principio de no contradicción*. Esos dos conceptos pasan a ser representados por los muchos que ignoran y los pocos que saben respectivamente.

Esta rigurosa división del saber impone un abismo entre el pensamiento vulgar (que representaría a la ignorancia) y el saber de aquellos pocos, o tal vez, de aquel único sabio, llamado Sócrates.

La sabiduría es entendida como un bien, ya que es el medio necesario para vivir acorde a los principios de la justicia. Mientras que la ignorancia es entendida como un gran mal, por ser el palo en la rueda de la evolución intelectual y social.

Concluyo: el reconocimiento de la propia ignorancia es una condición necesaria para llegar a la sabiduría, y es ésta última a su vez, necesaria para hacer justicia.

En el fragmento 28d–29b específicamente, se sugiere la ignorancia de Anito y Meleto, y por lo tanto su falta de capacidad de discernimiento de conceptos, lo que los hace incapaces de conformar anunciados coherentes; situación que se evidencia cuando Sócrates contrasta los débiles argumentos de sus acusadores con los suyos sigilosamente planeados.

b– En cuanto a la obediencia de los deberes cívicos (este pto. es ampliado en la respuesta nro. 3) : Se

desliza una interrogante ¿Por qué Sócrates, que profesa abiertamente preocuparse por los atenienses, se había alejado de la política? Sócrates se justifica remontándose a las voces demoníacas iniciadas en su niñez. Estas voces (que se conformarían como una suerte de conciencia), le hablaban cada vez que estaba a punto de cometer algo indebido. Y cuenta que en su adultez, al momento de hacer política éstas se le oponían rotundamente. Demuestra que estas voces no se equivocaban exponiendo como ejemplo un pasaje en el que cuenta dos anécdotas en las que por verse envuelto en política casi pierde la vida. Es entonces cuando el alejamiento de la política toma sentido: si no lo hubiera hecho, difícilmente habría logrado vivir tantos años, y no hubiera podido entonces hacer filosofía y ayudar a la sociedad desde ésta.

Aún luego de esta breve exposición del pensamiento socrático con respecto a la política, parece percibirse un amargo dejo de debilidad ideológica. Para alejar esta idea, considero necesario evocar el diálogo llamado Critón. Es en este diálogo donde más fuertemente percibí la pasión de Sócrates por la correcta interacción con las leyes. Me limito a reafirmar esta reflexión en la simpleza de una frase del Critón: Es preciso () no hacer jamás injusticia, ni volver el mal por el mal, cualquiera que haya sido el que hayamos recibido.

En cuanto a la obediencia de los deberes religiosos: Es propicio hablar de la contradicción de la acusación referida a la supuesta exposición a la muerte. Sócrates contesta a ésta diciendo cuán extraña sería su conducta si después de haber permanecido en el puesto que le asignaron los superiores designados por los atenienses, abandonara ahora el que el Dios le ha asignado (la misión de iluminar al hoi polloí y guiarlo por el buen camino). Si arriesgó su vida por sus hermanos mortales, ¿no lo hará por sus padres divinos? ¡Aquellos cuyos cometidos deben ser respondidos bajo cualquier circunstancia y sus consecuencias necesariamente soportadas!

Vemos como adquiere mayor presencia el argumento de Sócrates con sólo apelar a la frase deber divino. Aquellos que dudaron de su lealtad y lo acusaron de irreligiosidad ¡deberían temer del ojo que nunca se pone!

c– La frase vivir bien (explicitada en Critón) está íntimamente relacionada con la justicia.

En este diálogo Sócrates habla de evitar otorgarle importancia a la opinión del pueblo, ya que la ignorancia del hoi polloí arruinaría la vida de cualquiera que pudiera, porque desde su ignorancia cree tener poder sobre aquello que realmente no lo tiene. Podría expresarse esto de una manera menos cruda y decirse que el mal del que el pueblo es capaz, es sólo un impulso inocente que opera a través de su ignorancia, desde la cual cree hacer el bien.

Este enfoque inofensivo de la opinión vulgar, casi me hace olvidar de su verdadera magnitud: el poder de hacer morir. Es por esta razón y no otra, que es menester evitar prestar atención a la doxa, ya que es evidente que tal es su ignorancia, que es de temer. Pero aún así es necesario respetar sus errores, por ser preferible ser víctima de una injusticia a no ser injusto.

Esta introducción guarda un sentido. Fue necesaria para poder contestar ¿a qué se refiere vivir bien frente a la inminencia de la muerte? Resumiendo lo anteriormente dicho: vivir bien alude al hecho de vivir conforme a lo que demanda la justicia, para lo cual es necesario desatender la opinión del vulgo, debido a que éste es incapaz de discernir entre lo justo y lo injusto. Pero aún así, es necesario acatar las condenas de éste, aún siendo injustas, para evitar caer uno mismo en la injusticia. Y es esto lo que hace Sócrates, aún ante la inminencia de la muerte: prefiere enfrentar su funesto destino y así *vivir bien* a deshonorar a la justicia.

3) Teniendo en cuenta el criterio de racionalidad de Sócrates, afirmo que la posición de este personaje responde totalmente a un criterio de racionalidad.

Creo que la explicación más idónea a esta respuesta es la más sencilla de todas: Sócrates manifestó siempre estar del lado de la justicia; es pues muy lógico que eligiera el camino de lo justo.

Para entender este hecho, es necesario hacer hincapié en la confianza que Sócrates tenía en las leyes, ya que

las consideraba como la encarnación misma de la justicia. A pesar de esto él era consciente de que aquellos que las ejecutaran no siempre serían justos; pero pensaba que éste era un mal necesario de soportar, ya que la intolerancia del mismo causaría un caos social. En síntesis: a pesar de la corrupción de su ejecución, las leyes seguían siendo la más fiel representación de la justicia posible.

Es por eso que Sócrates opta por comprender esta injusticia como un error necesario, y actúa según sus parámetros de racionalidad: el acatamiento a las leyes, aún en este estado de corrupción al que son llevadas por sus ejecutores.

Así, su condena a muerte y sus salidas opcionales son despojadas de interés alguno ante la veneración de las leyes y su debido acatamiento. Es decir que no le es relevante a Sócrates que la condena sea injusta, en el sentido de que esto no podría influenciar en su decisión, ya que, diciéndolo vulgarmente: las leyes están siempre primero; considerando su desobediencia como una contradicción de todo lo que profesó en su vida.

4) i- ¿Por qué Sócrates no fue juzgado antes?

- ¿Por qué Sócrates eligió el término *demoníaco* para definir a sus voces?
- () si corrompo involuntariamente, para tales faltas involuntarias, [la] ley no dice que se me haga comparecer aquí, sino que se me enseñe y reprenda en privado. ¿Cómo pudo haber dicho esto Sócrates durante el juicio, ya que (si de haber una ley tal como la que alude) debía haberse decidido si Sócrates corrompía a los jóvenes voluntariamente o no, previamente al juicio, para ver si debía tomar o no lugar el proceso?
- ¿Por qué Sócrates se muestra tan irónico durante el juicio si sabía que esto probablemente irritaría a los jueces e inclinaría así la condena hacia la injusticia? ¿Esto insinúa una posición de desinterés de Sócrates a causa de la concepción de un resultado inevitable?

5) Hallé a las consignas de este trabajo ágilmente planteadas. Gracias a esto, a través de la realización del parcial fui capaz de profundizar en el pensamiento socrático a un nivel muy comprometido e intenso –tan intenso como la edad me lo permite–. Logré fusionarme con lo que llamo unidad mental, refiriéndome al pensamiento socrático expresado en una mente platónica; y hasta me atrevo a decir, que por momentos sentí despejarse el horizonte del anacronismo.

BIBLIOGRAFÍA

–PLATÓN. Critón. Madrid, España. Ed. EDAF. Mayo de 2001. 19ª Edición. P. 308.

– . Apología de Sócrates. Bs. As., Argentina. Ed. EUDEBA. Julio de 2003. 4ª Edición. P. 190.

PLATÓN. Apología de Sócrates. Bs. As. EUDEBA. 2003. P. 127

Ibidem. P. 56

PLATÓN. Critón. Madrid. EDAF. 2001. P. 40.

Apología de Sócrates. P. 143